

Transformar las armas en instrumentos de trabajo

Fernando de Lucio



Por: Hno. Joel CRUZ, mcccj

El profeta Isaías (2,2-4) dibuja una sociedad futura sin armas y sin personas que se entrenan para matar. Esta realidad se dibuja en el plano de las promesas, porque para él, el Mesías no había llegado.

Los cristianos, a diferencia del profeta, creemos que el Mesías ya está entre nosotros. Por eso, no debemos hablar en futuro sino en presente. Deberíamos decir, con hechos y palabras, que nosotros «hacemos arados y hoces de nuestras espadas y lanzas», que «no nos adiestramos para matar».

Una contradicción

Los titulares de la prensa están inundados por hechos de violencia en nuestro país predominantemente cristiano. El comportamiento y modo de pensar de muchos reflejan la adopción de la violencia como herramienta básica para resolver los

conflictos en cualquiera de los ámbitos de la vida individual y social. Tal parece que la defensa o el ataque se han convertido en los pies que conducen nuestra existencia en un territorio que los números identifican como cristiano, porque la mayor parte de la población está bautizada.

Corrupción, asesinatos, bandas criminales, estructuras sociopolíticas ligadas al crimen... todo ello alimentado y apoyado por bautizados que no solamente no transforman sus armas en instrumentos de trabajo, sino que se entrenan para matar de diferentes maneras tiñendo de sangre un territorio, que siguiendo la lógica numérica, debería caracterizarse por comunidades justas y



«Se supone que los cristianos deberían tener una estructura personal configurada con Jesucristo»

pacíficas porque el cristianismo constituye la base cultural de su existencia. El comportamiento de muchos cristianos parece decir que el Mesías, en realidad, no está entre nosotros.

Una contradicción vergonzosa se asoma en el contexto cada vez más deshumanizado y violento que nos envuelve. Contexto que también es apoyado y generado por personas, incluso de «misa y comunión», que por un lado apoyan obras de caridad y por otra sostienen y generan estructuras que atentan contra la dignidad de las personas.

Un desequilibrio de fe

Una sociedad agresiva, llena de disturbios y desequilibrios es lo que aparece ante nuestros ojos. El incremento de la injusticia social y la violencia nos obliga hablar de «escándalo» y «contradicción» de la que los mismos cristianos estamos siendo parte, algunos vinculándose con los generadores de violencia, otros por quedarse como espectadores dejando que las cosas sigan su rumbo por las vías que contradicen su fe en Jesucristo, pero todos viviendo en condiciones de «pecado social». Condiciones que delatan un desequilibrio o distorsión de nuestra fe que genera un ambiente social perverso.

Toda persona actúa desde su propia estructura personal, desde la dignidad que cree tener, desde sus creencias y convicciones profundas, desde sus limitaciones materiales y morales, cierto, pero se supone que los cristianos deberían tener una estructura personal configurada con Jesucristo y enfocada a su proyecto de justicia y de paz, que

Él llama Reino de Dios. Lo cierto es que no son muchos quienes viven desde esta perspectiva.

Finalidad de la catequesis

¿Qué se está haciendo con la catequesis? Es verdad que las situaciones socioeconómicas que se viven y las estructuras sociopolíticas que nos rigen están permeadas por la corrupción en sus diferentes expresiones y, esto puede «contagiar» a los cristianos arrinconándolos al culto desconectado de la justicia social, pero también es cierto que las actitudes actuales de muchos cristianos plantean una revisión seria de la catequesis que están recibiendo en los diferentes espacios que la Iglesia tiene.



«Los cristianos somos de alguna manera la presencia de Jesús en nuestras sociedades»

¿Qué es lo que los catequistas, en un contexto como el nuestro, consideran importante? ¿Tienen claro que la finalidad de la catequesis es conducir a que las personas, como individuos y comunidades, abandonen la violencia como instrumento para alcanzar sus metas y no sean presa fácil de las propuestas criminales? ¿Siguen considerando que lo fundamental es estar en función de una religiosidad que vive solo para la liturgia y el sacramentalismo? La cuestión de la catequesis, hoy más que nunca, es un problema serio para mejorar las condiciones de nuestra sociedad «cristiana».

Cristianos que agreden a otros cristianos

¿Qué decir cuando sabemos que nuestra sociedad hecha de bautizados es tremendamente violenta? ¿Qué podemos decir cuando a diario vemos que unos cristianos agreden y matan a

otros cristianos? Según el profeta, un pueblo cuando se encuentra con Dios, cuando sigue su enseñanza y sus caminos, lo primero que hace es transformar las espadas y lanzas en arados y hoces; es decir, lo primero que hace es renunciar a la guerra y dejar de adiestrarse para matar.

El contexto generado en nuestro país, entonces, delata la ausencia de un encuentro verdadero con Dios. Porque dejar las armas y dejar de matar es prioritario para el Dios a quien decimos creer y adorar. Quizá la convivencia cotidiana con «escuelas de violencia», nos han convencido que las cosas en la sociedad funcionan así, que la realidad social no puede ser planteada desde la perspectiva de la fraternidad, sino desde la óptica del campo de batalla donde hay que pelear todos contra todos, si se quiere sobrevivir.

Ante una realidad como ésta, el espíritu cristiano exige colocar en presente la realidad mesiánica planteada en futuro por el profeta, porque ya no es posible mantenerse en actitud de adviento, ya no es posible seguir esperando a que vengan tiempos mejores. La religión de Jesucristo plantea la acción de Dios en el presente y, por lo mismo, pide a cada cristiano decir como Jesús: «hoy se cumplen las Escrituras» (Lc 4,16-30). Ya no se puede esperar más, porque sería contradecir nuestra fe que nos dice que el Mesías ha llegado y está entre nosotros.

Desaprender la violencia

En el contexto actual, la realidad de una sociedad sin violencia exige procesos de evan-

Miguel Ángel Villegas



«El contexto generado en nuestro país delata la ausencia de un encuentro verdadero con Dios»

gelización encaminados a transformar nuestras comunidades cristianas: parroquias, grupos, movimientos apostólicos, seminarios, escuelas católicas... en lugares donde las personas «desaprendan la violencia». Es decir, hacer de nuestros espacios «escuelas de paz» donde los bautizados se entrenan para custodiar la vida y la dignidad humana. Por lo mismo, para no quedarse en la resignación y aceptación de la violencia como un «mal menor», debemos entrenarnos para el manejo de los conflictos con una caja de herramientas que no incluye la violencia, porque somos discípulos de Jesús, Príncipe de la paz (Is 9,6; Ef 2,14; Heb 7,1-2).

Los cristianos somos de alguna manera la presencia de Jesús en nuestras sociedades. Cada uno de nosotros cree que Él es la luz del mundo (Jn 8,12). Ciertamente, esta luz puede estar prendida e iluminar en la medida en que nosotros la tengamos encendida. Esto significa que nos corresponde proponer y practicar el Evangelio de la paz, con la conciencia de que se trata de un compromiso exigente que requiere pasión, estudio, dedicación y disponibilidad al sufrimiento, incluso hasta el martirio. Así como Él. 🔔



Jorge Decelis

«Una sociedad sin violencia exige procesos de evangelización encaminados a transformar nuestras comunidades»